

BIOGRAFIA ESTRANJERA.



JULIO II.

Julio II, ciento vigésimo Papa, nacido en Abizal, aldea inmediata á Savona, sucedió á Pio III, en la noche del 30 de Octubre al 1.º de Noviembre de 1503. Era antes de ascender al pontificado el famoso Julian de La Rovere, sobrino del Papa Sixto IV, y elevado por él al cardenalato. Segun Guichardin, habia asegurado tan bien su eleccion con sus intrigas y promesas que desmintió el proverbio, «el que entra Papa en el Conclave, sale de él Cardenal.» Desde el segundo año de su pontificado se manifestó su carácter belicóso. Pedia á los Venecianos muchas ciudades de que se habian apoderado, y pretendia eran pertenecientes al patrimonio de S. Pedro. En vista de la negativa del Senado de Venecia, firmó contra aquella república una liga poderosa con el Emperador Maximiliano, el Rey de Francia Luis XII, y tres ó cua-

tro Príncipes de Italia. Espantóse Venecia y pidió merced, pero no á los soberanos que habian de suministrar los ejércitos; devolvió al Papa algunas de las ciudades que reclamaba, y Julio II abandonó á sus aliados. Este Pontífice guerrero dedicó á otra parte las fuerzas que habia reunido. Era septuagenario y mostraba tal juvenil vigor, que algunos historiadores le han comparado al *Gran Tamerlan*. Julio II quitó la ciudad de Perusa á la familia Baglioni, y la de Bolonia á los Bentivoglio. En vano le ayudó Luis XII á esta última conquista; el Papa le recompensó suscitando la revolucion de los Genoveses contra los Franceses, y llamando á Italia al Emperador Maximiliano para oponerle á las empresas de su Rey. Luis XII disipó aquellos recelos con su moderacion, pero el ejército imperial iba siempre adelan-

tando y Julio II se hallaba demasiado embarazado con él, para que no contemporizase con el Rey de Francia. Venecia le tranquilizó negando el paso á las tropas de Maximiliano, y el año siguiente, en 1508, pagó á la república sus servicios con una nueva ingratitud. El Papa no podía sufrir que las plazas de Rávena, Cervia y otras permaneciesen en poder de los Venecianos, y no pudiendo recobrarlas con sus solas fuerzas, consiguió con sus artificios volver á anudar la liga que había roto. Firmóse en Cambrey, entre Maximiliano, Luis XII, Fernando de Aragón, y el Cardenal de Amboisa, legado de la Santa Sede. Pero Julio II no firmó aquel tratado de alianza sino despues de haber intentado en vano inducir á los Venecianos á una restitucion voluntaria. Principió la guerra con sus anatemas, y los Venecianos tuvieron la candidez de apelar al futuro concilio, pero los rayos de Roma solo habían espantado á un centenar de frutiles, y si las armas de la Francia y del Imperio, no hubieran auxiliado á las espirituales de Julio II, el Dux y el Senado no se hubieran humillado á los pies del altivo Pontífice. Este abandonó aun otra vez á sus aliados, á quienes temia mas que á los Venecianos: bajo el pretexto del nombramiento para los obispados vacantes que se disputaban el Papa y el Rey de Francia. Julio II suscitaba por do quiera enemigos á Luis XII, explotando al efecto á los Suizos y á los Ingleses. Pero la ocupacion de las temporalidades de los obispados del Milanesado y la firmeza del Rey de Francia le impusieron, y aun supo aprovecharse de este acto de humillacion, que le devolvía el favor de su poderoso enemigo, para hacer sufrir á los Venecianos las condiciones mas humillantes, y para espulsar á sus gobernadores de las plazas reclamadas por la Santa Sede.

Julio II dominado por el demonio de las batallas atacó en 1510 al Duque de Ferrara y le quitó la Mirandola. Rescompensó la fidelidad de la casa de Aragón, dando á Fernando la investidura de Nápoles, despreciando los derechos y pretensiones de Luis XII, cuya complacencia había ya olvidado. A las amenazas de aquel Príncipe, contestó con una excomunion de la cual se rió Luis XII, convocando un concilio galicano en la ciudad de Tours. En él examinaron los obispos de Francia las pretensiones de la Corte de Roma, y la conducta particular del Pontífice. Luis XII se puso de acuerdo con el Emperador para la convocacion de un concilio general, y Mariana asegura positivamente que Maximiliano deseaba suceder á Julio II en la Santa Sede.

El obstinado anciano, abandonado por una parte de sus Cardenales, sitiado en Bolonia por el Mariscal Chaumont y por los Bentivoglio, solo se salvó por la lentitud de sus enemigos, que dieron lugar á que Fabricio Colona entrase en la plaza. Libróse algunos dias despues, y solo por efecto de la casualidad, de un centenar de hombres de armas con los cuales el caballero Bayardo se proponía arrebatarlo. Pero el temor de ser depuesto le acompañó en su refugio de Róvena. Desde el momento de su salida de Bolonia,

el pueblo había destruido su estatus, y abierto las puertas de la ciudad á los Bentivoglio. La convocacion del concilio general estaba fijada en toda Italia; se había señalado la ciudad de Pisa, y prevenido al Papa que compareciese allí. Julio II no halló otro medio de conjurar la tempestad, que el convocar él mismo un concilio en Roma, y fijó su apertura para el 19 de Abril de 1512, á pesar de ser la hula de convocacion de 18 de Julio de 1511. Al mismo tiempo excomulgó á los Cardenales Carvajal, Briconnet y Borja, que estaban á la cabeza del concilio de Pisa, y el Rey de Aragón y de Nápoles tomaron las armas para defender su causa. Los Venecianos entraron en aquella liga que se llamó Santa; pero la batalla de Rávena, el agente mas poderoso del concilio de Pisa, hubiera hecho á los Franceses dueños de la Santa Sede y de la Italia, si la muerte de su General Gaston, y la poca habilidad de los demas gefes, no les hubiesen arrebatado el fruto de aquella victoria. Julio II que había estado muerto de miedo, se tranquilizó con las seguridades de los embajadores de España y Venecia, y puso el reino de Francia en entredicho. Impelió al Rey de Inglaterra Enrique VIII á declarar la guerra á la Francia, y por favorecer la ambicion de su aliado Fernando, pronunció la deposicion del Rey de Navarra, que había seguido el partido de Luis XII. Aquellas luchas dignas del siglo XII no hubieran arrojado á los Franceses de Bolonia y de Milan, si no las hubiesen apoyado un ejército de 18,000 Suizos. Julia se aprovechó de aquel socorro para despojar al Duque de Ferrara, para restablecer los Esforzas en Milan y las Medicis en Florencia; para fomentar en fin la sedicion que arrebató Génova á Luis XII. Pero su ambicion quedó burlada contra la Francia misma, y su cólera estalló contra el propio Fernando de Aragón á quien tanto había acariciado, porque el Rey de España no había ido con los Ingleses á la conquista de la Guyena. Sin embargo había abierto el concilio de Letran, y despues de haber sacado de él algunos reglamentos para la disciplina de la iglesia, no se servía mas de él que para apoyar sus empresas y diatribas contra el Rey de Francia. La muerte le puso término, muriendo este anciano enfermizo y penitenciado el 28 de Febrero de 1513.

Desfise de él que había arrojado las llaves de San Pedro al Tiber, para no hacer uso mas que de la espada de S. Pablo. Los Franceses le acusan de grande ingratitud hacia un pais, que durante el terrible reinado de los Borjas, le había dado asilo. Sucesióle en la silla de S. Pedro, Leon X.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

LOS MORISCOS DE VALENCIA. (1)

En seguida nombró al Alfaguá Amira para todo lo concerniente á la administracion de Justicia, re-

(1) Véase el número anterior.

servándose él lo respectivo á la guerra: al efecto dividió la gente en compañías, abasteció el cerro de Cortés, y practicó en él varias fortificaciones y cortaduras, esperando sostenerse allí. Muchas mas pudieran haber hecho y de harto difícil acceso á los cristianos, en especial á la entrada del valle, si la superstición no les hubiera cegado.

No lejos del pueblo de Cortés hay una célebre cueva, de la cual refieren todavía varios sucesos portentosos las relaciones del país. Los moriscos crédulos en demasía acerca de agüeros y encantamientos, profesaban un respeto religioso hacia aquella cueva, donde pocas veces entran, y que segun las relaciones de algunos que la habian visitado, no se la encontraba sin. Una tradición que se perpetuaba en el país, aseguraba que en su interior permanecía encantado desde la época de la conquista de Valencia un célebre General moro llamado *Alfatima*, que huyendo de las huestes vencedoras del Rey D. Jaime, habia venido á refugiarse allí con una division numerosa, á la cual no se habia vuelto á ver jamás. *Alfatima* descendiente de Mahoma llevaba, segun la tradicion, un turbante verde, y sus ropas y hasta su portentoso caballo eran del mismo color. Tenia enristrada su lanza hacia la entrada del valle, amenazando á los cristianos, que quisieran penetrar allí. En pos de él numerosos ginetes y ballesteros descansaban sobre sus armas formados simétricamente, esperando se moviese la pica de *Alfatima*, que era la señal de que los cristianos amenazaban aquel valle.

Noticioso el virey del levantamiento de la Muela de Cortés, y conociendo lo peligroso que seria si llegara á combinarse con el del valle de Alaxuar y los del Maestrado de Montesa, que se hallaban tambien dispuestos á levantar pendones, determinó atacar la Muela con toda prontitud: con este motivo envió inmediatamente el tercio de Lombardía que acababa de llegar á Valencia á cargo de D. Juan Cardona. Detuvo en Játiva algunos dias, hasta reunir mas fuerzas: para ello se le unió la caballería de Castilla y Valencia al mando de D. Juan Pacheco, y toda la milicia efectiva de los pueblos inmediatos y la gente de armas de los señorios. Reunidos todos salieron de Játiva el día 14 de Noviembre, llevando al frente á D. Francisco Bon, á quien habia nombrado Cardona alid y faraute de aquella division. Alojáronse aquella noche en Navarrens, donde contemplaron con horror los estragos de los moriscos, y á vista de aquellos muros incendiados y de los cadáveres de los cristianos, se llenaron todos de furor contra los autores de tan atroces hazañas.

Después de haber esperado dos dias en vano para ver si secedían ó ríndiese, mediante una carta que les habia dirigido el general ofreciéndoles perdon con tal que bajaran á embarcarse, avanzaron hacia un sitio llamado las pedrizas, que habian dejado los moriscos. Era aquel punto muy fuerte y al mismo tiempo la llave de todo el valle, por lo cual los cristianos levantaron en él un fuertecillo para dejar asegurada su retaguardia. Fielos los fanáticos moris-

cos en el socorro del caballo verde de *Alfatima*, dejaban espedita á los cristianos la entrada en el valle esperando por momentos verlo aparecer y exterminar á los invasores. Habiendo avanzado á Bicornb, al ver la inmovilidad de los moriscos, envió Cardona dos compañías de infantería y una de lanzas para flanquearlos y llamar su atención por varios puntos, y al mismo tiempo un parlamento, exhortándoles á rendirse; pero sabiendo que no producía esto efecto ninguno, salió el día 23 en orden de batalla, decidido á combatir á los moriscos en sus posiciones. Al verse estos sitiados, y fallidas sus esperanzas en socorros sobrenaturales, quedaron sobreogidos de terror, y varios de ellos emprendieron la fuga, mientras que otros pedían capitulación. En vano trató Turigi de obligarles á batirse; las armas se caían de sus manos; reinaba el desaliento por todo el campo, y los mas comprometidos fiaban su salvación en la fuga: el mismo Turigi conociendo el eminente peligro en que se hallaba, reunió su familia y lo mas precioso de su hacienda, y pasando el Júcar seguido de un peloton de jóvenes decididos, se salvó emboscándose en la Sierra.

Abandonados de sus gefes, los infelices que se habian guarecido en la Muela, oyendo ya el ruido de las cajas y viendo abanzar valerosamente los tercios españoles, arrojaron las armas y enarbolando una cruz que improvisaron con unos palos, bajaron en tropel á la llanura. Recibiéronse de paz, y sin causarles vejacion alguna se los condujo al Grao escoltados de dos compañías, en donde se embarraron para Argel.

Los que se habian quedado en las casas hubieron de sufrir los insultos de la soldadesca. Una compañía que entró en el pueblo de Roaya, se propuso á tales excesos, que algunas mugeres por libertarse de la brutalidad se arrojaron al Júcar, con sus hijos en los brazos: irritados los moriscos que aun habia en el pueblo, apelarón á las armas y mataron algunos de aquellos monstruos, vendiendo caras sus vidas. Otros después de haber asesinado algunos soldados y apoderados de sus armas, huyeron al monte á reunirse con Turigi. Con este refuerzo y con los dispersos que se le iban agregando, logró formar aquel reyezuelo una numerosa guerrilla, con la cual sorprendió varios destacamentos pequeños, y mató muchos soldados que merodeaban desbandados por los pueblos. Pero habiendo salido los tercios á perseguirle en varias direcciones, y puesta sobre las armas toda la milicia de los pueblos que habia vuelto ya á sus hogares, se vió en la precision de dispersar su gente y ocultarse con unos pocos en una cueva á las inmediaciones de Lombay.

Publicóse al punto por todos los pueblos un bando ofreciendo una gruesa cantidad por su cabeza, y al mismo tiempo se mandó hacer batidas en todas las sierras. En cumplimiento de esta orden salieron hacia Lombay el Conde de Carlet y el Bayle de Alginete con sus respectivas cuadrillas. Al ir á reconocer una cueva, arrojáronse sobre una de las cuadrillas cinco mo-

riscos mandados por un tal Vicente Caballero, pariente de Turigi. Duró la escaramuza largo rato, pero al ver la decision de los cristianos, y temerosos de que acudieran las otras cuadrillas que por allí andaban, apelaron á la fuga. En el alcance prendieron á dos de ellos, siendo el uno Vicente Caballero, á quien sus años imposibilitaban para correr con celeridad. Preparábase ya un soldado para cortarle la cabeza, cuando aquel miserable ofreció descubrir á su consuegro Turigi si le perdonaban la vida; y alcanzado esto se dirigió al frente de la cuadrilla á una cueva inmediata. A su voz salieron varios jóvenes desapercibidos, y echándose sobre ellos los españoles los prendieron como igualmente al infeliz Turigi el cual en vano trataron de ocultar aquellos desventurados. Atado sobre un jumento y sufriendo los sarcasmos é insultos del populacho, entró al día siguiente en Valencia, donde al punto fue condenado á muerte. En aquel trance fatal dió el infeliz Turigi muestras de buen cristiano, escuchando las exhortaciones de los sacerdotes y preparándose á morir como buen católico. En medio de los tormentos que sufrió antes de morir, dió pruebas de valor y resignacion; y despues de atenazeado y de cortada la mano derecha, fue colgado de la horca; su cuerpo hecho cuartos fue dispersado por los caminos y las selvas, para escarmiento de los bandoleros moriscos que las infestaban.

Este fin tuvo el desventurado Turigi, cuyo efímero reinado, concluyó con tan sangriento y trágico remate.

(Se continuará).

MISCELANEA.

FISIONOMIA DEL GATO.

El ingenioso y agudo Grandville, autor de los dibujos que publicamos, ha observado en el rostro del gato setenta y cinco espresiones diversas, teniendo todas ellas relaciones mas ó menos marcadas con las señales de las pasiones que sin cesar modifican la fisionomía humana. Segun él, estas espresiones pueden todavía subdividirse en mas numerosas combinaciones; pero su lápiz ha retrocedido espantado ante su infinita variedad, y solo presenta en los dibujos que acompañan á este artículo, algunos estudios á manera de ejemplos. No pretenda enseñar nada nuevo, ni probar nada. El principio de los fisionomistas, de que el rostro es el espejo del alma, le ha parecido siempre aplicable hasta cierto punto á los animales. Cree además, que cuanto mas se aproximan á la civilizacion, mas susceptible de inteligencia y de movimientos variados debe ser su fisionomía. Confiesa sin embargo, que para obtener sobre esto una certeza absoluta, sería preciso poder observar con constante atencion las pasiones de la vida libre en los semblantes

de los animales salvages. Pero cómo jamás ha pensado en dedicarse en medio de los bosques á estas filosóficas averiguaciones, se ha limitado á atormentar á su gato en su obrador, para obligarle á tomar ciertas posturas; y la pasion que el pobre animal ha espresado con mas frecuencia ha sido, ¿quién lo diría! el *fastidio*. Ojalá que esta espresion del modelo no se comuniqué á los lectores.



El sueño.

En qué sueña? El perro ladra y sueña, persigue la caza, amenaza al ladron. ¿Sueña la minina en su gato, en el raton, ó en sus luchas en los aleros?



El despertar.

Abrense las quijadas, tiemblan las orejas, se ponen tiesas las patas, y el lomo se eleva y encorva. Esto es el despertar. Aun no predomina idea alguna de bien ó de mal.



Sorpresa y admiracion.

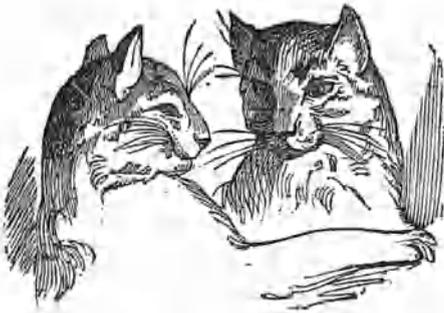
Fijos los ojos en el suelo, está absorto en sus pensamientos. ¿Procura acaso desgarrar el velo que separa su especie, como toda la de los seres inferiores, de la perfectibilidad humana? ¿Medita por ventura sobre el axioma de un filósofo contemporáneo: «el hombre es una esencia que crece, el animal es una especie que no varía», ó bien, recuerda por vagas reminiscencias, la espesura de los bosques de donde salió su raza, para ablandarse con la mas dulce y mas perezosa de las servidumbres? ó finalmente ¿piensa solo en la buena cena que tuvo la víspera?

Pero de repente un ligero ruido llama su espíritu á la vida real; sus facciones se despejan, su ojo se anima. Es una mosca que rébolotea y zumba delante de los cristales; es que el ruido ha imitado el del raton que corre ó roe.



Contemplacion.

Los ojos son grandes, abiertos, fijos y radiantes, y penetra en ellos cuanta luz pueden recibir; contemplan al cielo ó á los pájaros del cielo, ó á la jóven ama adornada para un baile, y cuyo vestido de raso refleja con las luces.



Fastidio y mal humor.

¡Pícaro minina! acabas de hacer una gracia ó una travesura, ó una mano hermosa acaricia tu luciente piel.

Que diferencia, con los malos ratos cuando se obscurecen tus ojos, y frunces tus párpados; cuando tus megillas, tus vigotes y tus labios se entregan al fastidio; ¿pero también, por qué te han de obligar á cambiar demasiado bruscamente de posicion, ó por qué la pata no tiene siempre provision bastante de carne?



Preocupacion causada por un ruido particular.

Pero la minina atraviesa el corredor dando un mahu-

lido lamentable, ¡pobrecilla! tiene hambre, aun no le han dado de almorzar; la cocinera se ha entretenido ó la ha reñido; qué motivo mas justo para su tierna queja.

(Se continuará.)

VIAJES.

RAPIDA OJEADA

SOBRE LAS ISLAS CANARIAS. (1)

(Continuacion.)

Cuando se publicó la ley de supresion de regulares, habia en el obispado de Canaria diez conventos de frailes y tres de monjas. Disueltas las comunidades religiosas, muchos de sus individuos emigraron para las Américas, otros han pagado el tributo debido á la naturaleza, y la mayor parte de los restantes se hallan colocados en los curatos. Sus cuantiosos bienes fueron incorporados á la hacienda pública, y el ansia de desamortizarlos ha hecho que casi todos ellos se hayan rematado con un considerable aumento.

La suerte de la Sta. iglesia Catedral de Tenerife no es mas feliz que la de Canaria. Aunque el número de sus prebendas jamás ha estado provisto del todo, formaba sin embargo aquel cabildo un cuerpo numeroso, el que por fallecimiento de algunos de sus individuos, y por la renuncia que han hecho otros de sus prebendas se halla en la actualidad considerablemente reducido, pues solo cuenta con doce capitulares. Tiene á su frente al Illmo. Sr. D. Luis Folgueras y Sion, primer obispo de esta diócesis (2) célebre por sus desavenencias y pleitos con el Ilustrísimo cabildo, y bien conocido por su amor á las bellas letras, por su traduccion del Juvenal, sus poesías sueltas y su famosa Pastoral sobre libros y doctrinas prohibidas (3). Los nombres y destinos de los eclesiásticos ejemplares que en el dia componen el cabildo de Tenerife, son los siguientes:

El Dr. D. Isidoro Rivero Peraza y Ayala, Dean, (fundador).

D. Matias de Aguilar, chantre.

El Dr. D. José de la Trinidad Penedo, tesorero (fundador).

D. Isidro Quintero, canónigo (fundador).

D. Juan Martínez de Sa, canónigo.

Dr. D. Domingo Morales, canónigo.

D. José de Mora, racionero (fundador).

D. José de Vargas, racionero.

El Dr. D. Angel Perdomo, racionero.

(1) Véase el numero anterior.

(2) Nació en Villavaler, obispado de Oviedo á 13 de Diciembre de 1769. Se consagró en Madrid en 30 de Enero de 1825, habiendo sido preconizado en 27 de Setiembre anterior.

(3) Espedida en santa y pastoral visita del pueblo de Yendi en la isla de Tenerife en 25 de Octubre de 1829, é impresa en Laguna por D. Juan Diaz Machado en el mismo año.

D. Carlos Benavides, medio racionero (fundador).

D. Luciano Angles, medio racionero (fundador).

El Dr. D. Valentín Martínez Jordán, (fundador) medio racionero.

Los beneficios curados de real prohibicion que hay en el obispado de Tenerife ascienden á cuarenta y dos, y los curatos amovibles, tambien como en Canaria, y de nombramiento del diocesano, legan á veintiocho, componiendo un total de parroquias de cincuenta y ocho.

En las cuatro islas de este obispado se contaban treinta conventos de frailes y doce de monjas. Sus bienes que en proporcion del país eran bastante cuantiosos, han pasado en mucha parte al dominio del particulares, habiéndolo tenido lugar iguales ó mayores aumentos que en el obispado de Canaria.

Antes de la supresion de diezmo se sostenian con sus productos todos los párrocos, distribuyéndose en ambos obispados de la manera siguiente. De la masa comun se sacaba un tanto por ciento para los gastos, formándose un fondo que se llamaba de haciendas generales. Despues se deducian las tercias reales y el noveno extraordinario, y el resto se dividia en tres partes iguales, aplicándose una de ellas á la mitra, otra á la mesa capitular, esto es, para todas las prebendas del Illmo. cabildo que se consideraban en ejercicio, y la tercera parte se distribuía bajo varias proporciones entre la fábrica Catedral, los beneficios curados y las fábricas de las Iglesias benefeciales. En cuanto á los curas no participaban de la causa decimal, sosteniéndose solamente con el importe de las primicias y de los derechos de estola y ple de altar. El culto de estas Iglesias no benefeciales, salia de sus bienes propios, y de la piedad de los fieles. Ahora todo sigue la marcha que el gobierno tiene preceptada, y no considero oportuno decirte cual de los dos sistemas de subsistencia eclesiástica era mas ventajoso, no solo para el culto y sus ministros, sino tambien para el comun de los fieles isleños.

Asimismo existen en estos obispados dos subcolectorias de espolios y vacantes, y medias anatas, que tienen anexo la administración del fondo pío benefecial, y dos tribunales de cruzada, que asimismo entienden en los negocios del subsidio eclesiástico.

Basta por hoy de negocios eclesiásticos. En primera ocasion te hablaré sobre varios datos estadísticos que estoy reuniendo, pues antes de empezar mis correrías por cada una de estas preciosas islas, quiero comunicarte las noticias que son comunes á todas ellas.

Consérvate bueno y manda á tu afectísimo amigo.
EL PENINSULAR.

NOVELA.

EL ESCLAVO.

ADVERTENCIA.

Vamos á publicar sucesivamente tres novelas, con los títulos de el Esclavo, el Siervo, y el Aprendiz,

que tienen en efecto un lazo comun. El autor ha procurado probar las ventajas del progreso social, manifestando la situacion de un ser tomado de la clase mas infeliz en la antigüedad, la edad media, y nuestros días. Si ha escogido por héroes á niños, es porque los vicios ó las mejoras de una sociedad se hacen sentir con mas viveza con respecto á los seres mas débiles, que con los mas fuertes, cuya energia modifica siempre el centro en que son llamados á vivir. El Esclavo, el Siervo y el Aprendiz, son de consiguiente como los símbolos de tres sociedades que se han sucedido. El autor ha creído que mostrar las ventajas de cada una de estas sociedades sobre la que le precede, era una cosa instructiva á la par que moralizadora. Mirando lo que era lo pasado, se está mas contento con lo presente, y se confia mas en el porvenir.

I.

Toda la hilera de calles que conducia del monte Janículo al Foro, estaba cubierta de esa multitud de vagabundos que engendran los grandes centros de civilizacion. Aquel día se habia despertado la ociosidad romana con la esperanza de una diversion; se esperaba la llegada de un gran convoy de prisioneros.

Los dueños del mundo habian encontrado una nueva nacion que sujetar, y aquel rincón de tierra cubierta de magníficos bosques, protegidos por dioses ignorados, quedaba al fin sometida; iban á ver á ese pueblo de la Armónica, tan maravilloso por su fuerza, de tan estrañas costumbres, de tan singular culto, y que se iba á presentar encorvado bajo la dominacion romana.

Así pues, aquel día estaban agitados todos los instintos del gran pueblo, y en movimiento toda su curiosidad; era á un tiempo mismo un triunfo para su orgullo, y un espectáculo para su diversion. Algunas veces, sin embargo, entre aquella multitud reunida por un mismo pensamiento, se escuchaban algunas voces de pesar; eran de los mas pobres que se entristecian en medio del público regocijo por no tener algunos millares de sextercios, para poder comprar un armónico.

Hacia la cuarta hora (diez de la mañana) los paseantes se colocaron en dos filas; el séquito de los prisioneros principiaba á pasar por la puerta Aurelia y á atravesar las calles de la ciudad.

Mas de seis mil celtas, llevando todos en la frente el doble testimonio de su perdida libertad, una corona de hojas, y una indecible expresion de dolor, desfilaron delante de la nacion soberana. Todos los padecimientos reunidos se veian en sus miradas y actitudes. Marchaban no solo apesarado el corazon por inútiles desesperaciones, sino que los padecimientos corporales se unian á los del alma; el cansancio del camino y sobre todo la influencia de un cielo nuevo, habian agotado sus fuerzas. Acostumbrados á las frescas brisas del Oceano, al cielo cubierto de la Armónica, al silencio de los bosques, no podian soportar ni el ardiente sol de Italia, ni el blanco polvo de los caminos,

ni los gritos de la muchedumbre. Pero si debilitados con la lucha contra un clima nuevo, detenían su marcha, el látigo de los traficantes en esclavos, les recordaba pronto que ni derecho tenían para descansar.

No sé si la vista de tantas miserias dejó de conmover secretamente á aquellos romanos tan sedientos de espectáculos y de dominación, pero no se advirtió en la multitud señal alguna de piedad; ningún ojo se bajó, ningún grito de compasión se hizo oír.

Cuando un pueblo entero sufre una calamidad que alcanza de un solo golpe á todas sus dichas, la individualidad de cada una de ellas se borra por decirlo así en aquella desgracia general, y los rostros se parecen. Sin embargo, entre los millares de víctimas que atravesaban á Roma, había una cuyo semblante parecía mas inquieto, que padecía aun mas que los otros, pero dando al propio tiempo mayores señales de decisión y de valor. Era el de una mujer de unos treinta y cinco años, cuyas miradas no se apartaban de un niño que iba á su lado. Cuantas angustias puede padecer el corazón de una madre se expresaban en aquellas miradas; pero además del dolor que se veía en el semblante de todas las madres, hallábase en aquel no sé qué santa energía, ni qué sublime protección.

La historia de aquella pobre mujer era poco mas ó menos la de todas sus compañeras. Había visto perecer á su lado á su esposo y al mayor de sus hijos, y después ella y el mas pequeño habían sido hechos prisioneros. Pero las dolorosas pérdidas que había experimentado, en nada habían disminuido su maternal solicitud; olvidaba sus penas para no pensar mas que en su hijo. Sin duda había aconado mas y mejor que las otras, pues solo los corazones que rebozan ternura, permanecen tan decididos y fuertes en los momentos de agonía, y no sepultan un año en las ruinas de otro.

Aquella mujer se llamaba Norva. Su hijo Arvino, de doce años de edad, iba silencioso á su lado. Su marcha firme y grave, su silenciosa resignación, su expresión tranquila, atestiguan fuertemente su origen. Colocados sus brazos en el cinturón de su túnica, con la cabeza erguida y el ojo enjuto, seguía sin proferir una sola queja á los que iban delante de él. Y sin embargo, había todavía en medio de su juvenil fuerza bastante de la fragilidad de la infancia, para que no se atribuyera á debilidad su llanto. El también, sacaba sin duda su valor de la vista de su madre, pues cuando sus ojos se encontraban, levantaba mas su frente, y apoyaba el pie en el suelo con mas firmeza.

Padecía con todo cruelmente, pues pensaba en lo pasado, y sus compañeros le habían hecho entender lo que sería el porvenir. Pero sentía que aquel pasado tenía aun para su madre mas erudos pesares; adivinaba que el porvenir la oprimiría aun á ella con mas fuerza, ¡á ella débil y pronto anciana! y ocultaba cuidadosamente sus propios males.

La vista de Roma y sus monumentos, en nada

distrajo el dolor de Norva; los ricos palacios, los soberbios templos de la ciudad por excelencia pasaron como sombras ante sus ojos; pero Arvino, á quien su juventud le preservaba de esos pesares sin tregua que obligan al alma á seguir siempre el mismo surco, se admiró de las maravillas que veía. Su aspecto permaneció grave, pero poco á poco la expresión de tristeza que se entreveía tras aquella gravedad, cedió á la admiración. Aquella multitud de estatuas de mármol y de bronce, aquellos templos rodeados de columnas, donde producía la claridad tan mágicos efectos, aquellas hileras de palacios con sus ricos vestíbulos, sorprendieron vivamente al niño. No se cansaba de mirar en medio de aquellas magnificencias del arte á centenares de hombres que se envolvían en la púrpura, ó que llevaban con la celeridad del rayo sus carros dorados.

Pero al llegar á la plaza del Foro, su admiración se trasformó en asombro. Todos los mejores edificios de Roma estaban en aquel recinto dominado por el Capitolio. La vista de Arvino corría de uno á otro templo, de las basílicas á las estatuas doradas, y por do quiera veía igual elegancia, un esplendor igual. El joven armórico se preguntó á sí mismo, si todo lo que le rodeaba era verdaderamente obra de los hombres.

Al llegar al centro de la plaza paróse la comitiva; allí era donde debía verificarse la separación de los prisioneros; allí era donde cada cual debía seguir al corredor que lo había comprado á la república, hasta que lo revendiera á su vez, al dueño que por decirlo así debía bautizarlo esclavo.

Arvino recordó cruelmente su situación y la de su madre, al conocer que habían llegado al fin de su carrera. Pronto desapareció la especie de encanto á que se había entregado, para reemplazarle la inquietud. ¿Qué iba á ser de ambos? ¿tendrían un amo común?... ó sería preciso añadir aun á tantas otras desdichas, la de una separación?

Sofocados por el calor los armóricos, poco antes tan fuertes en su áspera atmósfera, se tendieron en los sillares que formaban el pavimento del Foro, buscando con avidez la sombra de los edificios, de las estatuas y hasta de las mas débiles columnas. Esta vez la casualidad fue propicia á Norva y á su hijo pues los colocó bajo las grandes sombras que esparcía la grande higuera del lago Curtio.

La endurecida voz de los corredores tardó poco en interrumpir aquel ligero descanso. Hízose señal á los prisioneros de que se levantarán; procedióse á su reparto, y cada esclavero se llevó consigo su lote de prisioneros.

Arvino y su madre habiendo sido adquiridos de la república por el mismo tratante, fueron conducidos con un treinteno de sus compañeros á una taberna inmediata al templo de Castor.

La venta definitiva no debía verificarse hasta algunos días después, cuando hubiesen descansado los cautivos, pues los romanos solo querían esclavos sanos de cuerpo, hermosos y fuertes. Aquella salud que pa-

gaban como un objeto de lujo, se destruía bien pronto con las fatigas de la servidumbre; pero ínterin duraba, era á lo menos para los palacios, un hermoso adorno del que se vanagloriaba la vanidad de los mas ricos.

Cuando ya se habia satisfecho al orgullo nacional mostrándole el abatimiento de una nacion vencida, era preciso pensar en satisfacer otras exigencias: era necesario adornar la mercadería que se habia de presentar á los compradores; jengordar el ganado!... esa era la noble ciencia de los corredores.

Apenas los armóicos, entre los cuales estaban Norva y su hijo, hubieron entrado en la taberna de que hablamos, les cuidaron de mil maneras: hablase preparado abundante comida, y antiguos esclavos tuvieron el encargo de atender á sus necesidades.

(Se continuará.)

POESIA.

De tinieblas su lóbrego torrente
la noche pavorosa contenia:
en las cumbres rosadas del oriente
el alba sonriendo renacia.

Era el momento en que benigno y puro
un abismo de luz lanzaba al sol,
cuya lumbré pintaba el huerto oscuro
con reflejos de gualda y arbol.

En que blanda la brisa prodigaba
sus lágrimas de nacer al vergel,
y la tórtola dulce suspiraba
tímido amor, que sucumbiera en él.

Deslizábase manso un arroyuelo
jugando con las flores al pasar,
cual si fuese reptil que por el suelo
viéramos luminoso rastrear.

Y en su espejo pacífico y sereno
saltaban empapándose á la vez,
ya el anade sutil de pompa lleno,
ya el inconstante y bullicioso pez.

Y víanse las hojas inclinadas
del cauce abalanzarse al manantial,
rizando con sus verdes enramadas
la muelle superficie del cristal.

Yo probaba el encanto de la vida
en el fresco recinto del jardin,
y mi mente á su influjo enardecida
copa apuraba del gozar sin fin.

Porque era aquel un tiempo de locura
que ser dichoso el corazon juzgó,
y ante un ángel de cándida hermosura
con insólito fuego palpité.

Era un tiempo febril, infortunado,
de crápula y estruendo mundanal,
á la austera virtud siempre negado,
mas siempre envuelto en súa bacanal.

Ominoso recuerdo el de ese dia
consignado á mi ardiente juventud,
en que al son de fantástica armonia,
y á despecho de Dios y la virtud

« Deten, cantaba, tu fazag carrera,
tiempo ceñido de precoz laurel,
inmóvil fija rutinante esfera
do germinen los goces en tropel.»

« ¿Qué he de ser yo sin ilusion ferviente,
sin ensueños de gloria, sin amor,
abrigando un espíritu indolente
al don mas noble y al vivir mejor?»

« Ava del aire sin mullida pluma,
poeta sin sublime inspiracion,
astro eclipsado en tenebrosa bruma
y góndola sin remos ni timon.»

« Yo me quiero lanzar de aquese mundo
al centro inquieto, al lúbrico festin;
quiero saciarme de placer inundo,
por mas que venga á detestarle al fin.»

« Quiero guirnalda de arrayan esquivo
en torno de mi frente entreteger,
y por único Dios tener lascivo
el beso encantador de la muger.»

Tal devoraba, sin prudente freno,
delirio atroz mi loca fantasía,
cuando en noche profunda ronco trueno
tornó el encanto del risueño dia.

Triste, abatido, de temor convulso,
el himno infando con horror callé,
y el harpa libre, vacilante el pulso,
bajo sauce funéreo repudí.

La tempestad con ímpetu violento,
los árboles frondosos doblégó,
y el crudo azote del rabioso viento
las flores delicadas arrancó.

Cesado habia el plácido gorgojo,
que antes moviera risueño gentil;
ya no inspiraba criminal deseo
el aroma suave del pensil.

Al trastorno infernal de la tormenta,
al crugido del rayo vengador,
¿quién ilusiones fomentar intenta,
ni quién se enciende en voluptuoso ardor?

Maldito! dije, el que vencer procura
belleza débil con sañudo afan,
pues canta ufano en la mañana pura
y arrolla su delicia el huracan.

No quiero, no, sobre mi frente esquivo
guirnalda de arrayan entreteger,
que es anatema demandar lascivo
el beso encantador de la muger.

R. MONJE.